

EL MADRILEÑO,

SEMANARIO DE LITERATURA. CIENCIAS ARTES Y NOTICIAS.

DIRECTOR: D. LUIS ESCUDERO.

Año IV.

Madrid.—Lunes 21 de Diciembre de 1863.

Núm. 48.

SUMARIO.

Revista general de la semana, por X....—Una tertulia de confianza, por V. C. Feijóo.—Recuerdos, por F. Roviro Aguilar.—Estados acerca de la poesía española, por W. Querol.—Eros, poesía, por T. Llorentes.—Un nombre, poesía, por Llofrin y Sagra.—El pobre obrero, por B. C. W.—Revista de Teatros.

REVISTA GENERAL DE LA SEMANA.

El Senado francés ha votado el día 16 del corriente los tres primeros párrafos del Mensaje: el cuerpo legislativo deberá ocuparse inmediatamente del proyecto de empréstito de 500 millones.

Escriben de Copenhague que el gobierno danés ha resuelto no considerar la ejecución militar, de la Confederación germánica como un *casus belli*, en los ducados de Holstein y Lauenburg. Así es, que para evitar todo peligro de coalición, se ha dado orden por el ministro de la Guerra al comandante de las tropas danesas, de evacuar sucesivamente los ducados y retirarse á la línea de fortificaciones del Eider, á la aproximación de los contingentes alemanes. Solo así podría oponerse una enérgica resistencia, si como en 1848 tratasen parte de las fuerzas austro-prusianas de franquear aquella ribera.

Un número considerable de familias de funcionarios daneses empleados en el Holstein, acaban de refugiarse en Copenhague. Sin embargo, hasta ahora no ha ocurrido ningún desorden popular en los Ducados, á pesar de la abierta hostilidad que existe entre las nacionalidades; esto mas que á otra cosa, debe atribuirse á la actitud enérgica tomada por las autoridades militares danesas.

El gobierno francés, según se asegura, ha recibido de Atenas algunos despachos, cuyo sentido es poco favorable al establecimiento de la nueva dinastía. Las facciones, cuya resistencia esperaban todos que cediese á la llegada de Jorge I, han cobrado nuevos bríos, y es muy posible que en vista de ello, el conde de Sponneck, profundamente desanimado, abandone en breve la Grecia para regresar á Copenhague donde habita su familia.

A pesar de las recientes denegaciones de Mr. Rechberg en Viena, el *Czar* de Cracovia se ha suspendido por tres meses. El 16 del actual dejó de publicarse.

El gobierno inglés acaba de prohibir la entrada á los buques de guerra y corsarios pertenecientes á puertos de las islas Bahama, á los dos partidos beligerantes de América. También se ha dado la misma orden respecto á los puertos de Inglaterra, Indias, y algunas colonias británicas.

Según escriben de Hamburgo, parece que un número considerable de jóvenes se disponen á formar un cuerpo de voluntarios. El príncipe de Augustenburgo aguarda en aquella capital, y creese que á la entrada del ejército federal el partido separatista le proclamará soberano legítimo del Schleswig-Holstein. Se temen grandes desórdenes.

Las últimas correspondencias de Londres nos anuncian que lord Woodhouse ha tenido una entrevista en Berlín con Mr. de Bismark. En ella se le ha manifestado por el ministro prusiano, que en caso de ejecución, las potencias alemanas se limitarían al ejercicio de los derechos federales; y que si el ejército alemán entra en los ducados, la Dinamarca verá si le conviene ó nó considerar este proceder como un acto de guerra.

En el primer caso, y si la Dieta se limita lealmente á sus derechos federales, es muy posible aun, un arreglo con la Dinamarca, arreglo que pondría en claro de una manera definitiva los derechos y las obligaciones del gabinete de Copenhague respecto á la Confederación; es muy probable que las tropas alemanas, abandonen los ducados poco después de este arreglo.

Si por el contrario, la entrada de dichas tropas en el Holstein es considerada como un *casus belli*, la ejecución perderá su carácter especial, y las operaciones de los ejércitos no tendrían otros límites que las leyes de la guerra en los países civilizados.

«La posición del rey de Dinamarca, dice el *Morning Post*, es en extremo difícil; este soberano debe vacilar, colocado como se halla en un terreno difícil y resbaladizo, entre abandonar el Holstein ó decidirse á emprender una guerra con la Alemania.»

El mismo periódico aconseja al rey Christian IX que siga el consejo que le ha dado lord Woodhouse, en nombre de la Inglaterra, y con el que logrará seguramente la tranquilidad y pacificación de sus estados.

X....

UNA TERTULIA DE CONFIANZA.

QUIEN DICE UNA, DICE TODAS.

Si algun dia, lectores de mi alma, habeis tenido la ocasion de asistir á una de esas *petit-soirées*, en los que tan pródiga se nos muestra la coronada villa, y habeis tenido la paciencia de ir analizando punto por punto todos sus detalles, seguramente que alguno de ellos habrá sorprendido sobre manera vuestra curiosidad; máxime, si para asistir á ellas, habeis descendido de esos magníficos salones donde

el lujo y la grandeza, los buenos modales y la figura, la sorda intriga y la manifiesta adulacion tienen un lugar muy preferente.

Yo, por mi parte, sea un mero capricho, sea una excentricidad de mi carácter, puedo aseguraros que soy un partidario acérrimo de esas pequeñas *soirées*, que en Buen castellano son conocidas en nuestro país bajo el nombre de *Tertulias de confianza*.

Por esto se explica el que yo no deje un sola noche de asistir á las brillantes reuniones que en la calle de la Sombra, número 120, cuarto 4.º con entresuelo, ofrece á sus amigos la Sra. Doña Mariquita Pantoja y Rinconera.

Esta señora es en sumo grado amable y conplaciente, fina y atenta, y aunque esposa viuda de un empleado cesante de una suprimida dependencia del Estado, no por esto deja de extraer en obsequio de sus contertulios, — tiene tres hijas cesaderas, — una parte de su erario para satisfacer mensualmente los alquileres de un piano.

El salon de baile, donde doña Mariquita recibe á sus contertulios, es bastante espacioso: vendrá á tener sobre unos seis metros de anchura, y unos siete de largo.

Los adornos de este salon no son tantos como las pretensiones de la ama de casa.

Peró esto se concibe perfectamente: porque doña Mariquita dice, y dice muy bien, que ella no quiere ocasionar con sus reuniones grandes dispendios á las familias que las frecuentan; por cuya razon tiene prohibido rigurosamente el lujo.

Por lo demas, estas reuniones nada tienen que desear á las mas espléndidas del gran mundo. Si doña Mariquita no cuenta con pajes y ujieres que abran la puerta de la escalera y reciban á todos los que á ella vayan llegando, tiene en cambio tres ó cuatro perritos que desempeñan el papel de ujieres á las mil maravillas saludando á los forasteros á fuerza de ladridos.

Doña Mariquita pudiera por tan sola esta razon dar á sus reuniones el nombre de *gran tono*, pero en su escéptica modestia, nos dice frecuentemente, que ella se limita á dar una *casa de confianza*.

Las conversaciones que allí se agitan suelen ser bastante curiosas, y sobre todo muy amenas é instructivas.

Comunmente versan sobre el amor, y sobre lo malos que son los hombres; aunque alguna vez no deja de haber una marisabidilla, que metiéndonos en cuestion empieza por revolver las ciencias y la política, y acaba por darnos cuenta del gasto diario de la casa, y de lo insufribles é insolentes que son las criadas de servicio.

Peró todas esas conversaciones se sostienen con bastante calor, lo que dá lugar á grandes voces y á una connoccion general de todos los circunstantes.

Entonces los perritos de la casa ladran, y los niños, que nunca faltan en estas reuniones, dan grandes chillidos creyendo cuando menos en grave peligro á sus mamás y hermanitas; y en fin, se comienza y alborota toda la casa, hasta que un fuerte campanillazo suena en la puerta de la escalera y un nuevo personaje viene á poner una especie de puntos suspensivos, á aquel *maremagnon* de discusiones.

Las conversaciones cesan y se dá lugar al formulario de preguntas ya acordada y admitido, ó como si dijéramos, peculiar de todas las tertulias de confianza:

— Buenas noches caballero.

— Muy buenas noches, señoras, — y el que esto dice vá

apretando al mismo tiempo las manos que todos, caballeros y señoras le alargan á la vez.

Esto de dar la mano á todos, es tambien un rito constante de todas las tertulias de confianza.

— Parece que ya nos quiere Vd. olvidar — prosiguen las señoras de la casa dirigiéndose al recién venido.

— Señoras; muy lejos está de mi ánimo semejante cosa.

— Y entonces, ¿cómo no ha venido Vd. ayer?

— He estado muy ocupado.

— En qué, puede saberse?

— Plus... arrojando algunos papeles.

— Y en su casa de Vd. siguen bien?

— Bien.

— Y mamá?

— Buena.

— Y la hermanita?

— Buena.

— Y la tía?

— Buena.

— Y el papá se restableció ya de sus dolencias?

— Si señoras, sigue ya bien.

— Nos alegramos mucho.

— Gracias.

Concluido este interrogatorio de etiqueta, empieza el interrogatorio de confianza, en el que se pide al recién venido cuenta estrecha de todo lo que ha dicho, pensado ó obrado durante las horas en que no se han visto.

Este último interrogatorio es *sui generis*, y muchas veces suele ser el punto gotiano para el infeliz sobre quien recae.

Yo, que por la gracia de Dios y del Espíritu-Santo, tengo una mujer bonita, os confieso ingenuamente que muchas veces me he visto apuradillo para contestar á algunas de las preguntas que se me hacian, porque doña Mariquita y sus tres hijas no se paran en barras, y es preciso confesarle hasta lo que uno hace durmiendo.

Peró en fin; terminados ambos interrogatorios sucede el mas profundo silencio.

Este silencio viene á ser una especie de entreacto, y entonces la tertulia adquiere un carácter de *soirée*.

La hija mayor de doña Mariquita que halla en el una ocasion oportuna de lucir su grandes habilidades se apodera inmediatamente del piano, instrumento que muchas veces parece haber sido afinado por un sordo de nacimiento.

La lengua de doña Mariquita se desata, entonces, admirablemente, llamando la atención de todos sus contertulios, sobre los prodigios que hace su hija en el piano, y diciendo muy satisfecha que todo es de *pura ufeccion*.

La jóven entre tanto, cada vez mas entusiasmada ejecuta con admirable destreza las piezas mas dificultosas: empezando por algun trozo de *Por seguir á una mujer* y acabando por el calamitoso himno á la guerra de Africa.

Los aplausos y los bravos se multiplican entonces con motivo de esa última sonata, hasta que fuera de si los favorecidos contertulios de doña Mariquita, empiezan frenéticamente á corearla al compás del piano.

Por fin, dan las doce y la *señor* se levanta. Las señoritas de la casa se ocupan entonces de exigir á todos la palabra de volver al dia siguiente.

Los perritos ladran y los niños arisan á sus mamás de que tienen sueño.

Ahora bien, amables lectoras: vosotras tal vez consideraréis como un delito imperdonable el que yo, abusando traí-

doramente de vuestra paciencia, os haya hecho tragar líneas tan pálidas, tan monótonas, tan frías como las que acabais de leer.

Pero no por esto voy á reclamar vuestra indulgencia, todo al contrario, si al leer cuanto he escrito no pudisteis hacerlo sin un poco de repugnancia y de tedio, debo daros por muy satisfecho; pues siendo así habré logrado, cuando no otra cosa, producir en vuestro ánimo el mismo efecto que os hubiera producido el asistir á una *tertulia de confianza*.

Hé dicho.

V. G. FELJOO.

RECUERDOS.

I.

Era una hermosa mañana de Julio.

La brisa del mar, que es el calmante con que la naturaleza mitiga en el verano los rigores del sol canicular en los pueblos del Mediodía, aromándose con el perfume de las flores, hacia olvidar las ansias del día, y pensar en las dulzuras de la noche.

Las noches de verano, en los pueblos de la costa, son bellas, alegres y purísimas.

Porque es bello, alegre y puro el color del cielo, y tienen belleza los campos, y son alegres los cantos de las aves y puros los sonidos que donde quiera se escuchan:

Porque si algun canto de ave se oye por la noche es del ruiseñor, que siempre agrada apesar de su amorosa melancolía.

Y los sonidos que se perciben son el murmurio del aire y el murmullo de las aguas, y esos vagidos misteriosos de la tierra y de las plantas que no se esplican, y sin embargo se sienten.

II.

Mi corazón elevaba al cielo un himno, cuyas notas sin modularlas los labios, cruzaron el espacio envuelta en el perfume de las flores, y las ondas del aire.

Era un suspiro prolongado, pero un suspiro de felicidad.

Pocas veces tan feliz como esa noche, tan bella y de tan hermosos recuerdos.

III.

¿Habeis visto por las tardes cuando el sol traspone los montes que limitan el horizonte visible de nuestros alrededores, un joven que cuenta apenas veinte años, bella como las náyades que nos describen en sus cantos los poetas? ¿Nunca junto á la orilla del mar habeis visto impresa en la dorada arena, la huella de su planta?

¿No habeis escuchado su voz mas trinaadora que la del mirlo, mas dulce que el quejido de un niño, mas armoniosa que las armonías de Weber?

¿No habeis sentido nunca la impresion que produce su mirada?

IV.

Ella es pura como el sueño de los niños.

La vi un día en que los celos nublaban su frente, y la tristeza empañaba de lágrimas sus ojos, y desde entonces su imagen no ha podido borrarse de mi mente.

En mi memoria su recuerdo, retratada en mi corazón su figura, yo adivino sus pensamientos porque leo en su alma, y si alguna inquietud me asalta de vez en cuando, es el temor de perder su confianza.

Ni las promesas del mas acendrado amor, ni las pruebas de la pasión mas pura y vehemente, unas y otras hechas de mucho tiempo acá, bastan á convencerla.

Sus ojos siempre fijos en el cielo, de allá espera la dicha que dice no es posible hallar en la tierra, y cada vez que la sorprende en esta posición tan bella cuanto es menos estudiada, le digo con Trueta *allá se irá á juntar tus amores y los míos*.

V.

Iba la noche avanzando, y reclinado sobre la escollera del puerto, viendo como las olas perdian humildes su bravura ante un pequeño muro de arena, y los barcos se mecian en el azul de las aguas, y la luna rielaba en el mar, y todo era bullicio y dicha y algazara, y todos gozaban; yo triste y pensativo, sin poder alcanzar una mirada, decidíame á pedir su retrato á una amiga suya para tener al menos algo de esa mujer que es la ilusión de mi vida, y el límite de todas mis ambiciones.

VI.

Así iba discurrendo, triste y abatido me levanté de aquel sitio donde habia visto pasar tantas horas embobado en su recuerdo, siempre bello para mí, para mí siempre agradable, y ya me disponia á buscar algun consuelo á mis males, cuando la manía de filosofar que se apodera de todos los desgraciados me poseyó violentamente, y halagado por la fresca brisa del mar, me senté de nuevo en aquel sitio, en el que siempre me retenia el recuerdo de su imagen.

VII.

¿Qué es un retrato? Hoy, que la fotografía se ha encargado de multiplicar nuestras imágenes al infinito; hoy, que á cualquiera es dado tener lo que antes solo poseian los individuos de una familia ó una persona verdaderamente querida, el poseer el retrato de la persona que se ama tiene alguna significacion.

Páreceme que no, como tambien que es casi una virtud que tiene mucho mérito, no sollicitar la posesion de un objeto que no es ya mas que la prueba de una verdadera manía.

Porque indudablemente es una manía que se ha generalizado mucho la de tener un voluminoso álbum de fotografías.

Y aunque por algunos se lleve escrupuloso cuidado de tener un álbum de familia, otro de notabilidades, y otro de objetos artísticos, aunque algun amante llevase su delicadeza hasta el punto de tener separado de los otros el retrato de su amada; yo creo que el mejor álbum es el corazón, allí es donde únicamente puede guardarse el retrato de la mujer cuyo recuerdo forma parte de nuestra existencia.

No debo pedirle su retrato; para verla tan pura y tan hermosa como es, no necesito mas que cerrar los ojos del cuerpo unos instantes, para en seguida verla con los ojos del alma, tan bella como no podrían presentármela *Disderi, Laurent et Gautier*.

Porque en las nubes de una mañana de primavera, en el cáliz de una flor, en la niebla del rio, en las sombras de la noche, donde quiera que sea, allí veo su imagen que me sonríe, tierna y amorosa como nunca he conseguido que en realidad se me presente.

VIII.

Con estas y otras reflexiones pasaron horas y horas, y con ellas el silencio de la noche, notándose en todas partes el movimiento de la naturaleza cuando despierta el nuevo día.



Las sombras iban desapareciendo, el aire traía mas delicados perfumes, el cielo era mas bello, las aves cruzaban el espacio y todo era vida y belleza y alegría.

«Solo yo triste y abatido escribia en mi cartera.

Una noche mas de insomnio. Un dia menos de vida. Lo mismo hoy que ayer. ¿Cómo hallar la felicidad que me uigan en la tierra?

F. ROVIBA AQUILAR.

ESTUDIOS ACERCA DE LA POESÍA ESPAÑOLA.

Don Fernando de Herrera.

Hablando de sus versos, dijo Herrera: «De ellos juzgará el tiempo, cierto y desapasionado censor de estas cosas.» ¿Se ha cumplido esta esperanza? Despreciado por muchos de sus contemporáneos, estudiado luego por los que llevaron á la exageración sus defectos, imitado con acierto por pocos, ensalzado demasadamente en tiempos del último renacimiento, y relegado ya, como otros muchos autores distinguidos, al ingrato olvido de nuestro panteon literario, sirve hoy solamente para citar un nombre mas en el largo catálogo de los clásicos españoles.

Cuando se leen con avidez y estudian con justa admiración los poetas extranjeros, aun cuando al imitarlos rompemos con nuestras brillantes tradiciones literarias; nosotros, tal vez equivocadamente, pedimos algo mas de veneración por el pasado, seguros de que en él encontraremos los gérmenes fecundos de una poesía verdaderamente nacional en las formas, que sin desdeñar el nuevo espíritu de la época, introduzca la unidad en el hoy divergente campo de la literatura castellana.

Esta idea es la que nos ha movido á ordenar, en desaliñado estilo y descuidadas formas, los apuntes ligeros de ya abandonadas lecturas; y aunque nos prometemos ser *desapasionados*, no aspiramos, sin embargo, mas que á reproducir la sensación que ellas en nuestro ánimo produjeron, sin ambicionar la nota de *censores*, para que no nos cuadren aquellas palabras del mismo Herrera «y me quise obligar al juicio de los que tienen menor conocimiento de esto, que son los que condenan con mas rigor y menos justicia los errores ajenos.»

Tras de la revolución literaria llevada á cabo por Boscan y Garcilaso, y al frente de la escuela de poetas *andaluces*, como los califica Quintana (que es acaso el último y mas grande de sus discípulos), descuella Herrera, que consumó esa revolución, y con mas conocimientos lingüísticos que sus antecesores, fijó para lo sucesivo el idioma sagrado de las Musas castellanas. Diéronle el dictado de *divino* sus apasionados contemporáneos, imbuidos en el espíritu de los honores romanos, mientras que el vulgo le apellidaba *el poeta*, calificación que su adusto carácter repugnaba, aunque mas que la otra es digna de que la sancione y conserve la posteridad.

De *juegos de la juventud* califica el mismo sus versos, pero si bien compuestos en edad temprana muchos de ellos, cuando Rico de pensamiento, pobre de años (1), ambicionaba una gloria imparecedera, y aun dando completa fé á lo de

Por no entregarme al ocio descuidado,
Antonio, escribo.

que él mismo dice en un soneto á Juan Antonio del Alcázar, no por eso creemos que sean menos dignos de estudio y meditación. Nosotros seguiremos en estos apuntes la natural división

(1) Herrera. Soneto al Betis.

de forma y fondo, pasando desde luego á ocuparnos de la primera.

Después de la excesiva puridad de los latinos, dudamos mucho que autor alguno haya cuidado mas de la poesía del estilo que lo hizo Herrera. Conocedor profundo de las lenguas, latina y griega, y hablando las vulgares como los mas cortesanos de ellas, según confesión de sus contemporáneos, no estaba menos versado en el pátrio idioma, cuyos escritores todos con detenido estudio puso á contribución para realizar su atrevido pensamiento. Soñó Herrera dotar á nuestra patria de una lengua verdaderamente poética y divina, como no la tuvieron los demas pueblos de Europa, inclusa la misma Italia, y para ello reformó muchas de las palabras usuales, renovó parte de las que con el olvido de nuestros primitivos poetas se habían abandonado, é introdujo gran número de griegas, latinas é italianas, con casi todas aceptadas ya por nuestros mejores hablantes, quedando solamente relegadas al olvido algunas como *lusa*, *conhorta*, *dimé*, *confragoso matoso*, *pensoso*, *nevoso*, *yuso*, *contendor*, *precinto membranzas*, *caristas*, *fucilar*, *espinar*, *encelar*, *finicar*, *instaurar* y otras que ó se han abandonado ó no se usan al presente en la aceptación que les dió Herrera.

Peru este trabajo de rebuscar y escoger palabras era el menor, si se atiende á que fué preciso vivificarlas y hacerlas aceptables por medio de una colocación oportuna. Esta fué la gran empresa del poeta sevillano. No hay un verso, una palabra de Herrera, que no esté combinada con el detenido estudio de su efecto pintoresco; las trasposiciones latinas de que se vale, el corte de la oración y de los versos, la plenitud de los números, el colorido y contraste de las palabras, producen al leerle una brillantez deslumbradora y falsa que encubre muchas veces la pequenez de la idea. Estaba Herrera poseído, como la mayor parte de los autores de su siglo, de que la verdadera grandeza consiste en lo que ellos llamaban *flores*, *lucos*, *colores*, *ornato poético* y *aparato de palabras ilustres*, y mas aun que todos ellos lo llevó á la exageración, incurriendo en aquel exceso de pompa y rimbombancia que criticaba Tulio en los escritores cardobeses, y que mereció se le acusara de haber dado origen á una escuela literaria, por desgracia harto célebre en el siglo XVII. No criticamos al decir esto el ritmo y cadencia de sus versos, no la combinación musical de sus sonidos que «*rompe ó suspende, los arrastra pensosamente ó los precipita de golpe, ya los hace rosar con aspereza, ya locarse con blandura y que unas veces corren fluidos y fáciles, otras penetran el oído con sosegada melodía.*» (1) mereciendo por ello sin duda alguna, si hemos de creer á Alonso de Salinas, que el Tasso colocase sus versos sobre su cabeza, admirando en ellos la grandeza de nuestra lengua.

De esa hinchazón del estilo nació tambien la oscuridad que se nota en gran parte de sus poesías, especialmente las amorosas. La fraseología, comun en aquella época á todos los poetas eróticos, que en estas composiciones empta, y las continuas frases metafóricas que usa, aumentan la oscuridad. En ellas las flores y glorias son los bienes; los «*abrojos*, nieblas, noches y desiertos» las penas, la lluvia el llanto, los «*soles y sirenas*» las hermosas; las «*perlas*» son dientes ó lágrimas, «*muerte*, tormento fuego, cadena; yugo, esclavitud» se llama al amor; «*ondas de oro*» ó velos de oro es el cabello; el «*mar*» es la existencia; el «*escudo*» la fortaleza; «*despojos*, desengaños, miedos, inceros, aureolas, redes, lazos, alas, cercos, mudanzas, engaños, dulces» «*perdijeones*, curas, males suaves, sabrosos, descontentos, hielo que arde, fuego que enfria,» son las continuas expresiones, el

(1) Quintana.

dioma establecido de aquella metafísica amorosa, de aquel alambicamiento de ideas á que un mal acaudado ingenio y una preocupacion vana de determinados temas les habia conducido.

Y esta oscuridad es menos disculpable que en otro alguno en Herrera, que al hablar de Garcilaso habia dicho: «Sin la claridad no puede la poesia mostrar su grandeza, porque donde no hay claridad no hay luz, ni entendimiento; y donde faltan estas dos virtudes, no se puede conocer ni entender cosa alguna, y aquel poema que siendo claro tendria grandeza, careciendo de claridad es aspero y difícil.» No puede darse censura mas severa, pero tampoco mas cierta, de sus propios defectos, que conocidos ya de sus contemporáneos fueron espuestos de esta manera por Rioja, al hablar de sus versos, aunque con mas templadas formas: «Los sentimientos de ánimo afectuosos, cuanto mas delgados y sutiles se deben tratar con palabras mas sencillas y propias; solo porque se descubran á los ojos y hieran el ánimo con su viveza; en fin, ellos se han de ofrecer, no se han de buscar entre las palabras (2).» Preferimos escudarnos con el voto de tan esclarecidos ingenios á dar simplemente el nuestro en materias en que nuestra inesperienza haria doblemente censurable nuestra osadía. Pero á pesar de que reconocemos la necesidad de un lenguaje poético que mantenga el espíritu á cierta altura, impidiéndole que descienda á las ideas triviales y á las expresiones bajas, á pesar de que combatiremos siempre con todas nuestras fuerzas esa democracia del idioma que ha querido introducir la moderna escuela francesa, no aceptaremos tampoco nunca la fraseología formada é impuesta que no sirve mas que para encadenar los ánimos levantados y hacer que se confundan á los ojos del vulgo con las pretenciosas medianías; y no cesaremos de repetir con Horacio, por mas que se abaque de pedantesca la cita, que el objeto de la poesia es

Non fumum ex fulgore, sed ex inno dare lucem.

Y Herrera pudo fácilmente romper ese círculo de hierro de las formas admitidas, el molde ya gastado en que variaron sus pensamientos los poetas anteriores; él, que con tanta viveza de imaginacion sabia encontrar la verdadera expresion de un sentimiento; él, que adgettivaba con esa difícil facilidad de los grandes poetas, pululan en sus versos frases llenas de vigor como éstas, «arena sedienta, vibrar de las corrientes aguas, ingrato «olvido; mustio gemido, luz medrosa, ondas fértiles, aire des- «párcido, luna fria» y mil otras que nos sería fácil citar con solo abrir á la ventura el libro de sus poesias. Quien habia comenza- do tantos sonetos con estrofas como éstas, llamadas entonces *cuartiles*:

Hárrido invierno, que la luz serena
Y agradable color del puro cielo
Cubres de oscura sombra, y turbio velo
Con la mojada faz de nieblas llena,

Y esta otra:

Cuán bien, oscura noche, al dolor mio
Conformas, y resueñas á mi llanto,
Murmurando con sordo y triste canto
Entre estas duras peñas, alto río,

en las que la ternura de la idea rivaliza con lo apropiado de la expresion, con lo terso de los versos y con la armonia pintoresca del ritmo, debió terminar la trabajosa obra de crear un leu-

guage, con la independencia necesaria de dar un vuelo mas libre á sus ideas.

Y ahora, si del estudio general de su estilo descendemos á examinar sus combinaciones métricas, las encontraremos constantemente ajustadas á las rigoristas exigencias de la artificiosa escuela italiana.

Petrarca habia puesto de moda los sonetos, y Herrera, que habia dado esta forma á la mayor parte de sus composiciones, trató de justificarla diciendo, que sirve en lugar de los epigramas y odas griegos y latinos, correspondiendo en algun modo á las elegias antiguas. Rara teoria que no ha prevalecido afortunadamente entre los escritores. La imitacion del italiano le llevó á reproducir sus complicadas *sextinas*, aunque bien pronto su buen gusto le dió á conocer lo ridiculo de tal forma. Desde campea mas suelto el pensamiento y luce mas la galanura del estilo es en las *canciones*, cuyo *envío á conviata*, como llaman los italianos, suprimió para asemejarlas mas á la oda arrebatada de los griegos. Aquí como mas libre el poeta, dá suelta á su pindárico estro, y aun en aquellas menos celebradas y repetidas, y léase estrofas como ésta, de la cancion 7.^a del lib. 1.^o

Vago y sereno.

Tú, que alegre aspirabas á mi canto;

Alto monte, y tú, frio

Bosque, solo y oscuro,

¿Cuántas veces oído habeis mi llanto?

¿Cuántas el pasar mio

Vuestro silencio perturbó seguro,

Sin ver de aquella ingrata

Menos desden ó voluntad mas grata?

Las elegias en tercetos, dedicadas casi todas á asuntos amorosos, son las mas pesadas de todas sus composiciones.

En todas ellas, sin embargo, se nota el trabajo que para formarlas se tomaba Herrera. Un amigo suyo, Enrique Duarte, nos dice «eran buen testimonio de su gusto los bordadores de sus versos que despues de limados muchas veces, y en espacio de años enteros, apenas le contentaban.» Otro amigo suyo y su émulo, Francisco de Rioja, no duda en afirmar que «ninguna cosa hay en este autor que no sea cuidado y estudio, y aun en las trasposiciones de las palabras, de que usa tal vez, siendo así que se oscurece la oracion... Nada de lo que escribió deja de ser muy lleno de arte; pero nunca lo ejecutó con tan poca prudencia, que no lo ocultase con destreza.» Pero es inútil buscar testimonios estraños cuando el mismo Herrera, con esa ingenuidad ruda que le caracteriza, nos dice que sus defectos no nacen de «falta de diligencia y cuidado,» añadiendo luego: «conozco de mí que no merezco esperar memoria de la edad venidera, que fuera demasiada soberbia esperarla, pero si por estudio y trabajo y admiracion de los antiguos, se debe alguna, bien podria merecerla.» Esta excesiva lima deslució la mayor parte de sus composiciones, quitándoles la frescura de la espontaneidad, y endureciendo sus versos con el objeto de hacerlos numerosos y sonoros. Y téngase presente que sus poesias no han llegado hasta nosotros con las últimas correcciones del autor, sino copiadas de abandonados oradores, de donde las sacó para darlas á la estampa D. Francisco Pacheco, á quien hiciera inolvidable este servicio prestado á las letras y á la amistad, si títulos artísticos no le hubiesen dado ya un lugar distinguido en el empleo de nuestras glorias patrias. Siglos de fe y de modestia aquellos en que Boscan, Garcilaso, Herrera, Rioja y tantos otros, gastaban su vida en la revision de sus obras que

(2) Prólogo á las obras de Herrera.

legaban manuscritas á la posteridad, desdenando la pasajera gloria que su publicacion pudiera proporcionarles. Solo es lamentable esta costumbre por las numerosas pérdidas que ha ocasionado de inapreciables tesoros literarios.

VICENTE W. QUEROL.

EROS (1).

En vano al revolver de las edades,
De la inmortalidad burla los fueros
El tiempo, y atrevido
Hunde con las naciones las deidades
En la honda sima del callado olvido:
¡Tú siempre seras dios, inmortal Eros!
¿Qué de tus compañeros
El santo coro fué? Hierre la tierra
A la diestra de Jove inobediente
El rayo vengador; las ondas luchan
En invencible guerra
Sin curar de Neptuno y su tridente;
Y los ecos, ya mudos, del Parnaso
Las nueve voces resonar no escuchan
De las hermanas, en el sacro monte,
Ni los tronantes cascos del Pegaso
Que doma vencedor Belerofonte.
Ya no veo al ocaso
Cruzar el bosque, cual medrosas cierva,
Las ninfas de Diana;
Ni oculto innoble entre las altas yerbas
Y ardiendo amante en insaciable fuego,
En sorprender el sátiro se afana
A la náyade bella de la fuente
Que en plácido sosiego
El que baña en la linfa trasparente.
Ya no cada mañana
Con sus dedos de rosa abre de nuevo
Las puertas á la luz la blanca Aurora,
Ni lágrimas que llora
Sobre la amante flor es el rocío;
Ya no es el rojo sol carro de Fénix:
El ciclo enal la tierra, está vacío.

Cual la tierra, ¡es verdad! ¡Ah! los helenos
Con sus héroes huyeron y sus diosas:
¿Dónde están sus poetas?
¿Dónde sus cantos, cual la luz serenos?
Atenas, coronada de violetas,
¿Qué fué Tebas y Megara helicosas;
Delfos, que entre laureles
Oyó segura retumbar los truenos;
Corinto que de dos mares
Lanzaba sus bajeles;
Quido, que del amor los dones puros
Sacrificar miraba en sus altares;
Mecenas y Argos, las de antiguos murós,
Esmirna, que de humero el nombre aun llena;
¿Qué hicieron de su gloria decantada?
¡Oh Rodas, en el mar triente anclada!
¡Oh Chipre, la sirena!
Ya la musa de Beron enlutada
Vuestra magia lloró desvanecida,
Y ¡oh Grecia! aun son tu gloria
Sus nombres, y se encierra en su memoria
El talisman de tu segunda vida.
Pero, tú asientas, Eros,
Sobre augustos escombros
De la pasada edad los piés ligeros;
Y siempre lleno de inmortales dardos
Suenan el carcaj en tus robustos hombros.

Mirad: sobre las bóvedas sombrías
De los serenos cielos giran tardas
Los astros brilladores de otros días

(1) Este es el nombre que dieron los griegos al dios del amor á quien luego los romanos llamaban Cupido.

Y entre escollos funestos
Que azota sin piedad la onda siniestra,
Cual el faro de amor que brilló en estos,
Resplandor vacilante
Su pobre choza al pescador le muestra
O al errante corsario su guarida.
Y ansiosa allí la desvelada amante
A la que insomne afan del lecho arranca,
Clava, sobre la mar anegrecida,
Los ojos do concéntrase su vida,
En la que lejos cruza vela blanca,
Y llora y reza y se atormenta á solas,
Y en frágil leño, sobre inquietas olas,
La mano en el timon, audaz marino
Con los ojos pregunta al horizonte,
Sin pedir á los astros su camino.
¿Qué le importa la luz de las estrellas?
Esa luz que á los piés arde del monte
Brilla para él mas que ellas:
Sobre el lecho sentada,
Tendiendo hácia la mar sus manos bellas
Allí le espera su feliz amada!

Tú inflammas esa luz; tú de esa nave
Gobiernas el timon, Eros divino.
Si de tu viejo nombre
El mundo ya no sabe
Los signos descifrar, no tu destino
A fenecer te llama: ¿Cómo el hombre
Tu deleitoso yugo rompería?
¡Oh dios de ayer, seras dios de mañana!
Nunca terminará tu idolatría,
Idolo seductor del alma humana.

TEODORO LLORENTE.

UN NOMBRE.

¿Qué dulce nombre repiten
los céfros y las aves
con acento melodioso
como el cántico de un ángel?
¿Qué voz los espacios llena
entre coros celestiales
y al corazón de los hijos
la paz y el consuelo trae?
Si lloran, viene aquel nombre
y su llanto enjugar sabe.
¡Dulce nombre, voz divina,
hija del cielo, que espasme
en la tierra grato aroma;
nombre que no ignora nadie,
misterio que dá a las almas
armonías inmortales;
espíritu, luz y esencia,
raro de amor inmutable
que nos alumbró en la cuna
y hasta en el sepulcro cabe...
y mas allá... aun esperamos
de Dios en el seno hallarle.
Ese nombre que repiten
los céfros y las aves
con acento melodioso
como el cántico de un ángel,
ese rayo de ventura
que consuela á los mortales,
es el misterioso nombre,
el dulce nombre de madre.

E. LLORENTE Y SAGRERA.

EL POBRE OBRERO.

No hace mucho tiempo que el que escribe estas líneas se paseaba por la Rambla de Barcelona, ocupado el pensamiento en observar la variedad de objetos y de tipos que el paseo ofrecía, se fijó en un hombre sentado en uno de los canapés laterales. Este hombre era alto, de formas atléticas, de tez morena; una barba ne-

gría y poblada le caía sobre el pecho, acomodábanse en la cabeza una gorra de paño azul, y en vez de cruces y sandeces, ostentaba tan solo las letras blancas y azules de una cruz. Sus miradas tenían algo de sereno.

Es un trabajador ó mejor dicho, era un obrero.

El pensamiento más que dijo con pertinencia en esta ocasión por qué medios ha de mejorarse la condición de la clase obrera? De qué proceda la especie de chozo con que parecen salir á luz que gozan de mas comodidades que ella?

Creo encontrar dos causas principales, á saber: las privaciones y las falsas ideas de socialismo que los han predicado los apóstoles de esta escuela.

El pobre obrero trabaja alegre y vive resignado en medio de sus privaciones; pero hay momentos en que, descontento de su suerte, parece enojarse con aquellos que tiene por mas afortunados sin pensar que esos mismos también llevan la carga de sufrimientos y disgustos que ahuyenan muchas veces su existencia, sin advertir que su vida es quizás más tranquila y honorable. No trató yo de hacer el panegirico de la pobreza pero sí de hacer trabajar que la opinión del rico no está exenta de escollos, ni libre de sufrimientos.

Pero la causa principal de la irritación á que aludo está en las falsas ideas del socialismo. Ya se le ha dicho que la propiedad es un robo, ya se le ha pintado con vivos colores la tiranía del capital, ora se le ha fabricado en labios de autor de rosa, en donde todo es felicidad y bienestar para él, ora se le ha presentado el Estado como una providencia que debe proveer á todas sus necesidades y proporcionar todo género de gozos. Se le ha dicho que si no hay en circunstancias dadas ocupación para él, tiene derecho á que se le proporcione á toda costa; que si el salario no alcanza á llenar la medida de sus deseos, debe llenarse esta medida. El capitalista, el propietario, el rico, todos le despojan, todos le quitan sus derechos todos cometen una injusticia, es forzoso que todo cambie, que el orden social existente se destruya y no queda piedra sobre piedra.

Estas falsas doctrinas le ha predicado el socialismo, presentándosele con colores vivos que le hicieron la ilusión. Descidid al que tiene sed, le alii los que le usurpan tu agua; decid al que tiene hambre, le alii los que le quitan tu pan; decid al que tiene frío, le alii los que le privan de tu abrigo, y pedid mucha irritación, cuánto odio despertareis en su ánimo. El socialismo ha señalado con el dedo un falso blanco á la clase pobre y ha despertado sus pasiones: el socialismo ha hecho mal, por qué en vez de hacerle mas feliz, le ha hecho mas desgraciado y difundiendo falsas doctrinas ha creado un phantóma á la libertad.

Esta palabra pasaba constantemente por el pensamiento mio, como que era la que me acordaba de la clave del problema.

Casi todos los momentos se habia retirado del paseo, y aun continuaba en mi asiento: acordarme que era verano, y me levanté para asistir á una función de fuegos artificiales de las muchas que se celebran en Barcelona en las calurosas noches de esta estación. Los fuegos significan la toma de Tetuan, el asalto, las bombas, la metralla, el pavosco ruido, todo esto me entretenia, y sin embargo, el pobre obrero asomaba á cada instante á mi pensamiento.

En sus debates guerras, carez de estas expediciones militares en que se sacrifican sangre humana y riqueza al mismo tiempo, cuánto mas venturoso se debería ser el hombre á una guerra que sería verdad y mente fecunda; la guerra contra el error y la ignorancia! Si existiesen mas extendidas las ciencias morales y políticas; si hubiese sido teóricamente disipada toda sombra de socialismo, con cuánto trabajo se encargaría la libertad en las leyes e instituciones humanas! Y cuán rápidamente crecerían los pueblos en riqueza, ciencia y virtud! Pero hay empuje en substituir una organización natural con otra nacida del capricho y arbitrariedad humana!

La evasión del trabajo, lo mismo que los demás de orden social, se resuelven adoptando como medio de resolución la libertad. Cuando esta impera, cuando cada region del globo, cada aptitud nacional ó individual, cada pensamiento encuentran su aplicación natural, las fuerzas productoras, los agentes verdaderos del progreso dan los resultados mas ámplios que imaginarse pueden. Entonces se establece el juego armónico de todas las partes del sistema industrial; reina la justicia, se cumple el orden, cada cosa está en su lugar y desempeña en el organismo general del trabajo las funciones que debe desempeñar.

La libertad lo fecunda todo: se estira el viento que empuja la nave y lleva al mismo tiempo pasajeros, tripulantes y mercancías. Ella favorece el desarrollo de las ideas y el desarrollo de la industria, y en esta influencia general alcanza hasta mejorar las condiciones de la clase trabajadora.

Destruid privilegios y monopolios, removid todas las obstáculos que embarcan la acción de la industria, y veréis como la actividad humana despliega sus fuerzas y como la justicia y la riqueza descendien en proporciones convenientes hasta la morada del pobre obrero.

Estas reflexiones me hacia á mí mismo en la noche que siguió á la tarde del paseo de la Rambla. Creía haber encontrado la resolución del problema: pero pensando mas despacio, comprendí que solo habia resuelto la mitad.

La libertad, pensaba yo, es un medio, no un fin: es un instrumento puesto en las manos del hombre para realizar su destino; luego es necesario que se ejercite, que se emplee este instrumento. Es mas, la libertad como agente, como fuerza que se ha de emplear, necesita una regla ó un criterio que le sirva de norte: es forzoso poseer este criterio. No se concibe que se diga á los seres humanos: sed libres á condición de que no faltéis á la justicia, vuestra libertad os pertenece, empleadla como queráis, y que despues de esto, cada ser humano se cruce de brazos. Tampoco se concibe que se les diga: sed libres á vuestra disposición vastos terrenos en que ejercitar vuestra actividad; pero tened entendido que cada senda, cada carrera que sigais está sometido á leyes inevitables, á principios de ciencia, y que no tratáis sin embargo de adquirir el conocimiento de esas leyes y de atearos en la inteligencia esos principios.

Más todavía: la libertad va siempre acompañada de la responsabilidad; y debe conducir, para que sea provechosa, al cumplimiento de los deberes morales. Libertad, responsabilidad, moralidad, he aquí tres términos que marchan unidos como hermanos.

Ahora bien, apliquemos estos principios á la clase trabajadora. Declarada la libertad del trabajo, los horizontes de la industria son mas dilatados, y la actividad debe desarrollarse en mas amplia escala. El obrero entonces no debe esperar la merced de su estado mas que de sus esfuerzos individuales; sea que los dirija solo ó asociado con otros, él ha de reformar su inteligencia, él ha de esforzarse para ascender en la escala del trabajo; él, responsable de su conducta, es quien con sus economías ha de asegurar el pan para las enfermedades, la vejez á esos otros padecimientos sociales que se llaman crisis.

¡Oh! no vuelvas, no, la vista á ningún lado, trabajador, en busca de amparo y protector. El estado ni sabe, ni puede darte: cuando intenta hacerlo ó pretende que lo hace, te perjudica. Basada en ti mismo, en tus esfuerzos individuales y en tu previsión: El crédito en sus castos esfuerzos ó publicaciones, las cajas de ahorros, las sociedades de seguros están aguardando tu mérito, pero continúan contingentes; el principio de asociación es una gran palabra con que se están obrando milagros y con que se harán otros milagros aun mayores; utilízala y organiza asociaciones para tus hijos, para tu lectura ó ilustración, y para la educación de tus hijos. Una parte míhala de tu jornal alcanza á realizar estos fines. El día del reposo te proporciona veinticuatro horas de ocio, aprovechales para la mejora de tu espíritu, y puesto que descansar es mas que no hacer nada, cambiar el empleo de nuestra actividad aplicándola á objetos de naturaleza diferente, que esta día sea para ti el día de la lectura y del estudio.

He aquí los caminos que te están abiertos, y no otros: esta es tu parte salvadora. Los ricos nada te deben, ninguna injusticia cometen en su propiedad, su riqueza legítimamente adquirida es un derecho santo que no se debe tocar. La desigualdad de las fortunas produce la desigualdad de los talentos, de la educación y de otras causas determinadas por la misma naturaleza.

Pero si no puedes nada de tu parte, algo late en tu pecho la noble aspiración de la mejora de tu vida, si haces nada para conseguirlo, vivas siempre llevando á vuestros esa pesada cruz que se llama miseria, ese eterno momento que se denomina privaciones. Sobre todo, si te sumerges en el fango de la humoralidad, gastando en la taberna y en el vicio tu modesto jornal, y viviendo en el cieno del embudo de la miseria, entonces nada esperes, entonces no te quejes, ni lances anatemas contra nadie: tú solo serás la causa de tus desgracias.

Libertad y esfuerzos individuales, estas dos condiciones me parecen las únicas admirables para conseguir la deseada mejora de la clase obrera.

Lo que nosotros necesitamos es lo primero. Donde domina la libertad, porque ha llegado á afirmarse al mismo tiempo en las leyes y en las costumbres, allí ciertamente viven con ella esos esfuerzos, esa previsión y esa moralidad de que he hablado antes. Cuando ella llega á naturalizarse en todas las esferas, en infatigable bienhechor se estende á todas las clases y condiciones, y es como esas nubes matinales que así refrescan y vivifican la tierra yerba, como la robusta y corpulenta oveja. —H. C. W.

REVISTA DE TEATROS.

Estamos en el mes de diciembre. La temperatura suave y el cielo sereno parece que visten de gala acariciadas por una brisa primaveral. Cualquiera creeria que hasta el tiempo, olviándose de lo que es, se disfraza en el gran carnaval del mundo, con un traje que no le pertenece.

Madrid sonríe de felicidad. Y sin embargo, en medio de tanta calma, abrigados por el calor de un sol tan puro, cuántos corazones latirán fríos como si estuvieran en la cima de las

montañas de los Alpes. Pero en cambio nos divertimos, y rueda la bola.

Las tertulias, los teatros y los bailes, todo, todo nos convida á rendir homenaje á sus atractivos, abriéndonos sus puertas de par en par. Para un dia, para una semana, para un mes y cada dia, cada semana y cada mes se repiten las tertulias, los teatros y los bailes, sin dejar atrás huella que amargos recuerdos de un pasado que, aun que haya sido mas ó menos rico de acontecimientos, no por eso llena el vacío de nuestras diversas aspiraciones. Es verdad, que en medio de nuestros locos devaneos, siempre echamos algo de menos, siempre nos olvidamos de algo, y ese algo es la sombra de la felicidad, que cual la luna de un espejo, nos la retrata, halagando por breves momentos nuestra impresionable fantasía.

Pero nos vamos olvidando de el objeto principal de este artículo. Nos propusimos hablar de teatros y nuestros lectores dirán, con sobrada razon, que nuestra filosofía pertenece á la antigüedad. En nuestro siglo se suprimen los sentimientos mas nobles, los dolores mas purificados. ¿Quién piensa en atormentarse cuando caminamos con paso firme y sereno semblante, por la senda del bien y de la civilización! Ridículo sarcasmo que haria reir á los mas cándidos. Hoy todos somos felices. No es época de pobres. La riqueza tiende sus galas, lo mismo en el palacio del magnate como en la casa del artesano. Purificadas las almas de antiguas ambiciones, cada cual vive tranquilo. El mundo está regenerado y la era del bien aparece por fin, dando un eterno adiós á las pasadas miserias. Y en prueba de cuanto decimos, tónded la vista y vereis á la humanidad que solo se ocupa de sí misma, bullendo de acá para allá, á caza de gratas emociones.

El teatro *Real*, *La Zarzuela*, *El Príncipe*, *Novedades*, *Circo* y hasta los salones mal llamados de Capellanes, médran á costa de tanto feliz mortal como encierra este bienaventurado país.

Empezaremos por *El teatro Real*. ¿Qué novedades nos ha dado este teatro? ¿Cómo ha correspondido Mr. Bagier con sus abonados? ¿Qué ha hecho que merezca nuestra aprobacion? Estas son las primeras consideraciones con que tropezamos, y estas las preguntas que se nos ocurren. La contestacion no puede ser dudosa. ¿Qué novedades? Ninguna. ¿Cómo ha correspondido? Muy mal. ¿Qué ha hecho? Nada. La Patti, alma que remueve el inanimado cuerpo de este teatro, cada noche la vemos mas baja, cada noche, aunque el público la aplaude, no por eso deja de comprender que si bien es una buena tiple, nunca estará á la altura de la Penco, de la Erezolini y de otras muchas que han brillado en nuestra escena como verdaderos géneos artísticos. La prensa de Madrid la glorificó demasajado, fascinada, sin duda, por las impresiones del momento, y hoy se arrepiente de su ligereza. Nadie puede dudar que es una artista de mérito, pero nunca una notabilidad europea, digna de que por ella se suban las localidades del *Régio Coliseo*, honra que no ha merecido ninguna otra. ¿Y los demás artistas? El público contestará por nosotros, insinuándole su desagrado. Le acompañamos en su duelo y vamos á otra cosa.

«Mr. Velle es un gran prestidigitador.» Esto decia la numerosa concurrencia que llenaba las localidades del teatro de la *Zarzuela* en la noche del sábado 12. No seremos nosotros los que nos atreveremos á decir lo contrario. En sus primeros juegos dió á conocer Mr. Velle una destreza poco comun, destreza que admiramos, á pesar de no haber visto nada nuevo en las

diferentes suertes que hizo. Los periódicos extranjeros se habian ocupado en mas de una ocasión de su rara habilidad, y esto ha venido á robustecer nuestro juicio sobre las grandes reputaciones que se nutren de papeles, las cuales se esponen á que llegue un dia en que la mano del tiempo se encargue de borrarlas, sin dejar siquiera un vestigio de lo que fueron.

Hechemos ahora una ojeada á los teatros de verso, que ellos nos darán materia bastante para concluir esta revista.

Si levantaran la cabeza cualquiera de nuestros autores antiguos, acompañándonos á la representacion de muchos estrenos de comedias que no tienen de tales mas que el nombre, es seguro que renunciarían á vivir, encerrándose presurosos en sus inmortales tumbas, con protesta de no volver mas á la vida.

El Ultimo que lo sabe, comedia nueva en tres actos y en prosa, silvada estrepitosamente y puesta en escena en el teatro *Del Príncipe* á beneficio de Mariano Fernandez.

El Castillo de los encantos, comedia nueva y de magia en cuatro actos, ó lo que es lo mismo gran tejido de vulgaridades, estrenada en el de la plaza de la cebada y en medio de un silencio sepulcral:

Y últimamente, *Una madre*, drama en cinco actos y en verso, estrenado en el *Circo* con gran acompañamiento de toses y muestras infinitas de un desagrado general, han sido las obras magnas que han llamado la atencion del público madrileño en la última semana. Hacer de ellas un análisis literario, seria obra maestra y empresa harto difícil que no nos atrevemos á acometer. *La mala yerba se corta*, y las malas obras se olvidan, si quiera sea por no poner mas y mas de relieve el estado decadente de nuestra moderna literatura dramática.

Los números para los premios de constancia que hemos mandado á nuestros suscritores, dicen por un error de imprenta 1864, debiéndose entender 1865.

Ya saben nuestros abonados, que los billetes para Navidad en que tienen parte los que se han suscrito por año, son el 4,571 y 8,554; y el medio billete en que todos son partícipes, es el núm. 14,520.

Ya saben nuestros suscritores por la lista de los mayores premios, los números que han salido agraciados con los nueve regalos de Navidad; cuyos recibos y pueblitos donde han cabido insertaremos en este semanario.

CUADRO SINOPTICO

De la competencia y principales procedimientos del Tribunal Supremo de Justicia, por D. José Rivera y Vazquez, abogado del ilustre Colegio de Madrid. Tiene mas de una vara de largo por tres cuartas de ancho, á 8 rs. en Madrid y 12 remitido á provincias.—Se vende en la imprenta de *El Madrileño*.

REPUTACION DE ALGUNOS ERRORES SOBRE EL PONTIFICADO, por Luis Venillot, traducido por Vildosola. 8

Editor responsable: D. José Sanchez.

MADRID, 1865.—Imprenta de J. M. y Rodriguez, Caballero de Gracia, 15, bajo.